

Les quedaba que llenar un deber.

Volvieron al gabinete, que el nabab había abandonado ya, y entraron en la habitación de los trajes. Pantalones y levitas cayeron al mismo tiempo para ceder el puesto á sus trajes de aldeanas.

Este segundo tocador fué mas corto que el primero.

El espejo en que ahora se veían con sus trajes de niñas, les devolvió al momento dos encantadores rostros de vírgenes risueñas y dulces.

Dejaron de nuevo el palacio, pero esta vez con sus cortos jubones y sus corpiños y cofias de aldeanas bretonas.

Atravesaron á pié el camino que acababan de recorrer al galope los caballos de Montalt.

Apenas hacia dos horas que habían abandonado su pobre habitación bajo los auspicios de la escelente Mme. Cocarde. ¡Pero cuántos acontecimientos las separaban ya de la tarde precedente!

El soldado de la prision militar que las vió llegar agarradas de la mano y llamar suavemente á la puerta de su casa, no pudo recordarlas por aquellos dos elegantes y ricos caballeritos que habían turbado su centinela dos horas antes y repiqueteado como dos demonios á la puerta de la marquesa.

Subieron directamente á aquel desvan deshabitado que estaba separado por una puerta del miserable asilo de los Penhoel.

El día era ya claro, y sin embargo, Diana y Elena no pudieron distinguir nada á través de las ren-

## IX.

### UN SALVADOR.

Diana y Elena habían entrado en el palacio de Montalt hácia el despuntar la aurora con Blanca, que no las reconocía bajo sus trajes de hombres. Usando de la autoridad que el nabab les había conferido, habían hecho preparar una habitación para la jóven, que su estremada debilidad no permitía permanecer de pié.

Los dos negros obedecían sus órdenes como las del mismo Montalt.

En cuanto Blanca estuvo acostada en su lecho, pensaron Diana y Elena en el pobre granero de la calle de la Abadía.

dijas, porque la luz llegaba muy tarde al desvan de la familia, alumbrado por una estrecha ventana, cuyo único cristal estaba todo él cubierto de polvo.

—Dnermen todavía... murmuró Diana; no los despertemos.

Y Elena añadió:

—Bajemos á nuestro cuarto. Dentro de algunos minutos volveremos á subir.

Cuando entraron en la pobre y desamueblada habitacion de grises paredes en que tanto habian llorado, estaban las dos conmovidas por la alegría.

Los dias de miseria habian pasado; los que tanto amaban iban al cabo á ser felices.

Sentian en toda su plenitud ese placer que se experimenta en el momento de la felicidad al ver el sitio donde se ha sufrido.

¡Y cuán lejanos les parecian los recuerdos de la víspera! Dudaban casi que habian sido tan desgraciadas.

Cada uno de los objetos existentes en la habitacion era saludado por ellas como un amigo querido.

El arpa, el lecho, la imágen santa de la Virgen que por tanto tiempo habia velado su sueño.

—¿Te acuerdas, hermana mia, decia Elena, que estábamos de rodillas rezando cuando vino á buscarnos ayer Mme. Cocarde?

—¡Ayer! repitió pensativa Diana; ¿era ayer? Elena se sonrió.

—¡Oh! sí, dijo; ayer era cuando yo tenia tanta hambre. Y tú nunca te quejas. Yo jamás te he

oído quejarte; pero estoy segura de que sufrías mucho.

—Sufria por tí, murmuró Diana, y por la Señora. ¡Oh! se me desgarraba el corazon al pensar que no podia socorrerla!

Elena saltó de alegría.

—¡La Señora!... exclamó, nuestra querida Señora!

—¡Cuán bueno es Dios y qué felices somos nosotras! Hermana mia, nosotras la hemos salvado. Nosotras vamos á devolverle su querido Angel.

Diana se puso de rodillas delante de la imágen de la Virgen.

—La veremos sonreír como en otro tiempo, murmuró. ¡Oh santa madre de Dios, bendita seas porque la amamos como si fuéramos hijas tuyas, y su felicidad nos es aun mas cara que la nuestra.

Elena se puso de rodillas al lado de su hermana. Oraron las dos.

Despues se tendieron sobre el lecho, porque las dos estaban muy cansadas, y sus bellas cabezas, unidas, se apoyaron en la almohada.

No querian dormir; pero mientras se entretenian con sus dichosas ilusiones, las sorprendió el sueño y se cerraron sus párpados.

Pasó así una hora, luego dos.

Cuando Diana despertó sobresaltada, se deslizaba el sol de mediodía á través de los cristales de la ventana, cayendo á plomo sobre su rostro.

Lanzóse fuera del lecho dando un grito de sorpresa.

Elena despertó á su vez.

—¡Cómol dijo frotándose los ojos: hemos dormido.

—Y entre tanto tal vez estén sufriendo arribal añadió Diana; pronto, pronto, hermana mia.

Precipitáronse á la escalera.

Pero al llegar delante de la puerta fueron detenidas sus miradas por un obstáculo imprevisto. Habíanse tapado recientemente todas las rendijas y agujeros que habia en la puerta. No podian ver nada.

Dentro de la habitacion no habia el menor ruido.

—¿Qué haremos? preguntó Diana.

El dedo de Elena se habia introducido ya en uno de los agujeros con objeto de probar el obstáculo. Sintió la humedad del papel, que aun no habia tenido tiempo de secarse.

Su dedo apretó un poco mas, y el papel desgarrado cedió.

Aplicó un ojo á la abertura.

El aire viciado que inmediatamente pasó por el agujero se introdujo en su garganta, haciéndola retroceder.

—¿Qué es esto? murmuró, porque no habia visto nada.

A su vez miró Diana.

Vió á René de Penhoel tendido con los brazos cruzados sobre el jergon. Vió á Marta apoyada en

la pared y mas pálida que una muerta. En medio de la habitacion vió el hornillo que ardía aún.

Lo comprendió todo.

—¡Oh hermana mia! ¡hermana mia! exclamó aterrorizada, han querido suicidarse. Haga el cielo que no sea tarde para prodigarles socorros.

Sus manos, que temblaban, se introdujeron por uno de los boquetes, consiguiendo con los esfuerzos reunidos de su hermana levantar una tabla, que sin embargo quedó clavada por la parte superior.

Pasaron, y cuando estuvieron dentro cayó por su propio peso la tabla, cerrando la abertura.

Marta de Penhoel no habia soñado. Habia vuelto á ver á Diana y Elena. Y no como á unas pobres Hijas de la Luna escapadas por un momento de la tumba.

El aire fresco que bañaba entonces su rostro, dando aliento á su pecho oprimido, entraba por la ventana abierta por las dos jóvenes.

Aquel oro que brillaba á los piés de Marta era un don de las dos niñas.

Entonces como siempre eran la Providencia de Penhoel.

Si habian desaparecido no era sin duda por mucho tiempo. En el pobre granero no habia nada, ni aun una gota de agua.

Habian ido á buscar socorros.

La turbada mirada de Marta las vió desaparecer y procuró en vano encontrar el sitio que les habia

Vió justamente á Diana y Elena, que abrian precipitadamente la ventana, apagando el hornillo.

Lo adivinó todo.

Pero lo que mas le preocupó fué la aparicion de las dos jóvenes.

Decididamente no habia medio de dar un solo paso sin encontrarse con ellas en medio siempre del mejor camino.

Sin la diabólica casualidad que las conducia allí, iba á entrar Roberto el primero.

Le robaron su papel de Providencia.

Sus reflexiones y su mal humor no le impedian tener siempre los ojos en la cerradura; vió distintamente rodar por el polvo el puñado de oro.

—¡Esto me huele á nabab! pensó frunciendo el entrecejo. Las chicas están indudablemente en el palacio.

Si están allí es imposible la paz; he hecho bien en empezar la guerra. ¡Ah tunante Bibandier, si hubieses cumplido con tu deber!

Por un momento tuvo la idea de bajar de cuatro en cuatro la escalera é ir á avisar á Lola, que vivia á dos pasos, con objeto de que hiciese seguir á las dos jóvenes cuando salieran; pero en el momento en que iba á abandonar su puesto de observacion levantaron la tabla Diana y Elena, desapareciendo á sus ojos.

Las ideas del Americano cambiaron.... Surgió un plan en su imaginacion.

Estaba seguro de que no habia sido pronuncia-

da una palabra desde que estaba mirando por la cerradura.

Puesto que se le cedia el campo, era el momento de obrar, y nada despacio por cierto.

La llave estaba siempre puesta en la puerta, donde la habia dejado René. El Americano entró sin ruido.

Pasó por delante de René, que no habia abierto aún los ojos, y no se detuvo hasta hallarse junto á la Señora.

Hizo sonar ligeramente el oro dejado en el suelo.

Marta volvi6 á abrir los ojos, cerrándolos al momento con un movimiento de horror.

—Señora, dijo Roberto dulcemente, escuchadme en nombre de Dios y volved en vos. Mucho tiempo hace que estoy aquí para socorberos. Por piedad, no rechaceis mis auxilios y mirad en mí á un amigo.

Marta permanecia inm6vil.

De pronto se levantó al choque de una idea repentina.

—Mi hija, caballero, dijo; ¿qué habeis hecho de mi hija?

—¿No ha recibido mi carta Mr. Juan de Penhoel? preguntó el Americano.

—No sé, replicó Marta enlazando las manos; os suplico me digais qué se ha hecho de mi hija.

—No me he atrevido á firmar la carta, prosiguió Roberto en lugar de responder, por temor de que desconfiara Mr. Juan de Penhoel. Es una gran

desgracia, Señora, haber dado á la persona que se respeta y se ama el derecho de dudar.

—¡Oh, caballero! caballero, interrumpió Marta. ¡No quereis hablarme de mi hija!

—Hablaba en esa carta, Señora. Escuchadme; el sitio de esplicarnos no es este. Los antiguos señores de Penhoel no pueden permanecer un momento mas en tan miserable retiro. He venido á buscaros.

—¡Buscaros! replicó Marta volviendo la vista; ¡vos, caballero!

Roberto tomó un aire de contrición resignada. Esto no le impedía dirigir una mirada hácia la tabla de la puerta. Conocía que comenzaba mal la entrevista. La discusión no era conveniente; era forzoso obrar, porque su instinto le decia que no sería larga la ausencia de las dos jóvenes.

—¡He merecido esto! murmuró bajando la cabeza; conozco que debeis odiarme. Y sin embargo, si es cierto que se expian todas las faltas, espero obtener un día vuestro perdón. Aun cuando nunca lo debiera obtener, añadió fingiendo gran emoción, me felicitaría de haber pagado hoy una parte de mi deuda salvándoos la vida.

—¡Habeis sido vos! dijo Marta débilmente.

El Americano recorrió la estancia con la vista, como si aquella pregunta le hubiera estrañado.

—¿Pues quién sino yo?

—No lo sé, murmuró Marta, que principalmente hablaba para sí; había creído.... está tan débil

mi pobre cabeza. Sin embargo, estoy segura de haber visto oro.

—He querido traéroslo lo mas pronto posible, replicó Roberto; pero tambien yo estaba muy pobre. ¿Pensais que me quedé en Penhoel cuando os echaron tan indignamente?

La puerta, que permaneció abierta, establecía con la ventana una corriente de aire muy viva.

Disminuía el peso que oprimía el pecho de Marta, volviéndole su presencia de espíritu. El mismo señor de Penhoel recobraba lentamente la vida; agitábase por intervalos sobre el jergón, y lo único que entonces le impedía abrir los ojos era el sueño de la embriaguez.

Marta miró de frente á Roberto.

—Nada nos queda, caballero; ignoro qué interés tengais en engañarnos.

—¡Oh! dijo el Americano levantando los ojos al cielo; no he sido castigado aún con bastante crueldad, Dios mío! Señora, no intento disminuir mi falta. Otras veces me he dejado seducir por las falaces palabras del marqués de Pontalés. ¡Me he ligado con él contra Penhoel! He sido cruel para con vos. Pero os juro bajo mi honor que todo no tenía mas que un objeto, obligaros á darme á vuestra hija, á quien amaba. Me decia: la fortuna de que me apodero se la devolveré á Blanca. Era tan grande mi amor, que lo escusaba todo á mis ojos. Había perdido la vista; no veía mas que á Blanca

en el mundo, y no distinguía que Pontalés hacia de mí el instrumento de una traición infame.

Se detuvo, como si la emoción que le oprimía le hubiese impedido proseguir. Marta le escuchaba incrédula aún, pero atenta ya.

La prolongada desgracia que pesaba sobre ella no había podido dejar intacta la energía de su inteligencia.

—El día fatal llegó, prosiguió. Robé á vuestra hija, añadió bajo, mientras que Marta ocultaba la frente entre sus manos, que era ya mi esposa ante Dios.

La misma noche de vuestra salida del castillo fuí á mi vez echado de Penhoel. En Paris, donde inmediatamente vine, os busqué largo tiempo.

¿En medio de vuestra miseria no habeis recibido algunas veces misteriosos socorros?

Roberto hablaba á la ventura.

—¡Cómol exclamó vivamente Marta, ese pan que sostenia nuestra vida.

—Era muy pobre para hacer mas, prosiguió el Americano hipócritamente, y hasta hoy parece que no quiere sonreirme la fortuna. Esta mañana he recibido una suma considerable que me ha hecho muy feliz, porque he pensado en vos, señora, y en Blanca, añadió, volviendo los ojos. Con dinero se pueden hacer muchas cosas, y no debemos dudar de que la encontraremos.

—¡Encontrarla! exclamó Marta levantándose.

—¡La carta decia eso! respondió Roberto. Es una desgracia terrible, señora.

—Pero no me decís lo que ha sucedido, interrumpió Marta. ¡No me decís nada!

El Americano puso una rodilla en tierra.

—He venido á vos, murmuraba con las manos unidas, para implorar el perdon y deciros: la encontraremos juntos.

Marta se levantó vacilante.

En ese momento, despertado René de Penhoel por el aire que bañaba su rostro, se agitaba, procurando ponerse en pié.

El Americano dirigió una mirada hácia la puerta. Le parecia oír ruido detrás de ella. Se inclinó vivamente hácia Marta.

—Sé donde está, murmuró. ¿Quereis venir á buscarla conmigo?

Marta dió un paso hácia la puerta.

Con el señor de Penhoel no había esplicacion posible. Roberto lo tomó de un brazo, arrastrándolo por fuerza hácia la escalera.

Salieron los tres. Marta marchaba delante; hubiera querido correr.

Roberto cerró la puerta por fuera é hizo subir á los antiguos señores de Penhoel en el carruaje que le esperaba delante de la casa.

Quando Diana y Elena volvieron ahogadas por la escalera de su cuarto, encontraron desierto el desvan.